

DIARIO DE SESIONES D S P A

DIARIO DE SESIONES



PARLAMENTO DE ANDALUCÍA

PLENO

Núm. 49

XI LEGISLATURA

28 de febrero de 2020

Presidencia: Excm. Sra. Dña. Marta Bosquet Aznar

Sesión plenaria número 27
celebrada el viernes, 28 de febrero de 2020

ORDEN DEL DÍA

DISCURSO INSTITUCIONAL

Discurso institucional de la Excm. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía.

SUMARIO

Se abre la sesión a las diez horas, cincuenta y cuatro minutos del día veintiocho de febrero de dos mil veinte.

DISCURSO INSTITUCIONAL

Discurso institucional de la Excm. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía (pág. 3).

Interviene:

Dña. Marta Bosquet Aznar, presidenta del Parlamento de Andalucía.

Se levanta la sesión a las once horas, veinte minutos del día veintiocho de febrero de dos mil veinte.

Discurso institucional de la Excm. Sra. Presidenta del Parlamento de Andalucía con motivo de la celebración del Día de Andalucía

La señora BOSQUET AZNAR, PRESIDENTA DEL PARLAMENTO DE ANDALUCÍA

—Buenos días. Se abre la sesión.

Señorías, presidente de la Junta de Andalucía, miembros del Consejo de Gobierno, autoridades, andaluces y andaluzas. Bienvenidos al Parlamento de Andalucía, la casa de todos los andaluces, en nuestro día más señalado para compartir el orgullo de ser de esta tierra.

Hoy celebramos el día de nuestra comunidad y conmemoramos una efeméride muy especial, el cuarenta aniversario del referéndum por el que los andaluces dijimos masivamente sí a nuestra autonomía. Un momento fundamental en la historia de Andalucía y en la democracia en España, pues aquel 28 de febrero de 1980 no solo mostramos nuestra vocación inequívoca de autonomía, sino que reivindicamos en las urnas que la democracia no se podía construir desde la desigualdad.

Ante la perspectiva de una España a dos velocidades, de regiones con autonomía y otras que se quedaban a la cola, de un desarrollo asimétrico en competencias y recursos, Andalucía levantó su bandera y tomamos conciencia de la fuerza de nuestra identidad, la de un pueblo que quería ser escuchado. Teníamos una aspiración histórica, alcanzar la autonomía más eficaz en el marco de la Constitución. Era el camino para que Andalucía tuviera, por fin, su propia voz y pudiera sembrar su futuro. Nuestros sueños fueron grandes porque nuestro ideal era justo, la libertad tenía que venir con igualdad.

Y en ese anhelo fuimos superando las dificultades para hacer valer el artículo 151 de la Carta Magna, la vía que nos permitía conseguir una autonomía plena, con las mismas capacidades que otros territorios, reconociéndonos así en nuestra propia historia. Se llenaron las calles, se hermanaron las provincias, se unieron las ciudades y se desbordó la esperanza. La bandera blanca y verde volvió a ondear, Andalucía quería avanzar desde su autonomía, por sí, para España y la humanidad.

Aquel 28 de febrero de hace cuarenta años comenzó la historia colectiva del pueblo andaluz como la realidad política que hoy es. Y mostramos tal determinación que nuestro impulso abrió camino a la España de las autonomías, en la que todos sus territorios pudieran alcanzar las mismas cotas de desarrollo. Andalucía se dijo sí a sí misma, sí a decidir su futuro, sí a la solidaridad entre todos los españoles, sin privilegios ni contrapartidas. Los andaluces, fieles a aquel momento histórico, afianzamos el principio de igualdad como lo que es, un elemento de cohesión y fortaleza de España.

El sueño por el que tanto luchó Blas Infante, y millones de españoles, se ha cumplido. Andalucía es hoy una tierra con autonomía, en un país con justicia y libertad.

En conmemoración de ese enorme esfuerzo colectivo, cada 28 de febrero lo celebramos a lo largo de nuestra comunidad y fuera de ella. Así lo pude comprobar hace unos días en Cataluña, donde la vinculación que aún mantienen con su origen los andaluces que se fueron hace décadas sigue siendo muy fuerte.

Y me quiero acordar no solamente de ellos sino también de todos esos andaluces que están en el resto de España y por todo el mundo y que no pueden disfrutar de este día hoy aquí en nuestra tierra. Personas

que tuvieron que emigrar y que todavía, tras tantos años, siguen soñando con Andalucía, la que les vio nacer, en la que crecieron, y la que tuvieron que abandonar con pena o ilusión para labrarse un futuro donde había más oportunidades. Muchos han tenido hijos y nietos, han echado raíces y se han ligado definitivamente a esas otras ciudades tras toda una vida de trabajo. A ellos, desde el corazón de Andalucía y en su día más importante, les quiero hacer llegar nuestro cariño. Gracias por seguir llevando bien alto el orgullo de ser andaluces, gracias por haber contribuido a levantar tantos lugares sin renunciar a vuestros orígenes ni a vuestra identidad. Hoy más que nunca, separados en la distancia pero cercanos en el corazón, nos reencontramos en este vínculo compartido que es el 28-F. Feliz día en el que también es vuestro día, andaluces del mundo.

Porque ser andaluz no es solamente quien vive en Andalucía sino quien la siente. La identidad de Andalucía y nuestras singularidades no son elementos que separan sino lazos que unen a personas. Somos gente abierta, con vocación por compartir, herederos de un espíritu integrador y mestizo, que ha dado lugar a una forma propia de mirar y de crear, nuestra cultura. La cultura es una de las manifestaciones más brillantes del pueblo andaluz, profundamente entrelazada en el sentir de los andaluces. Esta tierra ha dado grandes exponentes que ampliaron las fronteras del arte y del pensamiento en todas las épocas, maestros que han hecho avanzar el conocimiento y artistas que se han situado a la vanguardia de la creación: de Velázquez a Picasso, de Góngora a Juan Ramón Jiménez, de María Zambrano a Lorca, de Murillo a Carmen de Burgos. Son solo algunos de los hijos de un pueblo creativo y dinámico, que se muestra al mundo con hablas propias, con sensibilidad propia y con un compás propio.

El flamenco, tan mestizo como la misma Andalucía, bebe de múltiples fuentes para dar lugar a una forma de ser y de vivir. Sentimiento, pasión, duende y quejío, un arte profundo y popular de raíz andaluza y reconocido universalmente como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

Y es que la cultura nos abre al mundo y al mundo le gusta Andalucía. Los datos de nuestra pujante industria turística así lo confirman, superando cada año récord de visitantes y la calidad de su oferta. Andalucía es un buen lugar no solo para mostrar sino también para vivir, una comunidad que debe seguir brindando a todos los andaluces la posibilidad de alcanzar sus sueños.

Ante el enorme caudal de capacidad y talento que se da en esta tierra, tenemos que ofrecer aún más herramientas para impulsar el progreso y el crecimiento. Porque defender a Andalucía no es envolverse en la bandera sino dar oportunidades a su gente, promover la creación de empleo y que los servicios públicos sean eficaces; es eliminar trabas para que los andaluces puedan desarrollar de manera plena su proyecto de vida y favorecer en beneficio de todos la actividad económica; es usar bien cada euro del dinero público en una gestión eficiente y responsable, que no hipoteque nuestro futuro; es prosperar con una Administración eficaz que dé respuestas ágiles a las necesidades de los ciudadanos, la Administración autonómica tiene que seguir impulsando Andalucía.

Trabajar por ese futuro con oportunidades pasa por continuar desarrollando los principios que movieron a millones de andaluces a reivindicar su autonomía aquel 28 de febrero, la ilusión por construir una tierra de libertad y de igualdad.

Porque la igualdad es una meta que aún no hemos alcanzado en todos los ámbitos. Disfrutamos desde hace décadas de igualdad ante la ley y hemos experimentado una creciente concienciación en materia de equidad, qué duda cabe, pero queda mucho por seguir avanzando. Aún hoy no se da esa igualdad

de oportunidades efectiva entre mujeres y hombres en nuestra sociedad. Son muchos los ámbitos donde el desequilibrio es patente. De lo laboral a lo doméstico, de lo económico a lo cultural, la desigualdad sigue siendo un hecho. Aunque hemos alcanzado niveles de educación y formación similares, las mujeres en conjunto no conseguimos acceder con la misma frecuencia a los trabajos de mayor responsabilidad, seguimos siendo minoría en los puestos de decisión, techos de cristal que limitan el acceso laboral de las mujeres, aun cuando en un gran número de campos somos ya mayoría las profesionales. Y los estudios confirman lo que es conocido, la falta de corresponsabilidad en el hogar y un claro desequilibrio en la asunción de los cuidados de familiares, sobrecargando a las mujeres de tareas en el ámbito doméstico, aun cuando también trabajen fuera de casa.

Son ejemplos claros de que si creemos en la igualdad, si la defendemos públicamente como uno de nuestros principios, tenemos que trabajar todos juntos, mujeres y hombres, para acabar con los obstáculos que aún lo impiden. Hacerlo será progresar en el camino correcto.

Y aunque todas las violencias son igualmente condenables, la expresión más terrible de esa desigualdad a la que hago referencia son las agresiones sexuales y, por supuesto, la violencia machista, hombres que asesinan a mujeres por el hecho de serlo. Esta semana, en un mismo día, dos mujeres han muerto a manos de sus parejas, una de ellas en Andalucía.

El pasado año, en este mismo acto institucional, reclamaba la necesidad de mejorar la educación, la prevención y la concienciación para dejar atrás esta lacra. Desde entonces, 14 mujeres han sido asesinadas por violencia machista en nuestra comunidad, del total de las 57 en estos últimos doce meses a nivel nacional. Es una materia en la que debe primar el sentido común y la vocación sincera de trabajar juntos por encima de todo. Salvar vidas no puede ser una cuestión problemática, es una cuestión de dignidad y de humanidad. Hay una realidad, siguen muriendo mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas, mujeres maltratadas, humilladas, vilipendiadas, víctimas de abusos. Negar la evidencia es una sinrazón. Pero la respuesta tampoco puede ser la utilización interesada de todo ese dolor como arma arrojadiza para el desgaste político. Buscar intencionadamente la polémica en un problema tan sensible o convertirlo en una competición de difamaciones no ayuda a combatirlo, sino a generar confusión en las propias víctimas, porque se diluye el trabajo de los profesionales que las atienden y las estaremos alejando de una referencia clara, que ante un maltratador estamos con ellas. Desde el altavoz que es este discurso institucional para llegar a todos los rincones de Andalucía con la fuerza de los valores de libertad, igualdad y dignidad que caracterizan al pueblo andaluz, a unos les digo que la violencia nunca es el camino y a otras les pido que lo cuenten, que pidan ayuda, que lo denuncien. No estás sola, estamos contigo.

Esa igualdad debe ser el compromiso en todos los ámbitos, también para las personas con discapacidad. Porque vivir con una discapacidad no puede significar la merma de los derechos que tenemos como ciudadanos. Con ese convencimiento, el Parlamento de Andalucía ha avanzado en este último año en algunos aspectos importantes para la accesibilidad a esta institución de las personas con discapacidad. Entre otros, hemos progresado en la eliminación de barreras físicas, las reuniones de la Comisión sobre Discapacidad en Andalucía ahora se retransmiten en lengua de signos y la página web institucional cuenta con una nueva herramienta que la hace más accesible. Nuestro afán por favorecer la igualdad incluye también la inclusión laboral de las personas con discapacidad, un colectivo que se enfrenta a múltiples barreras para su desarro-

llo profesional. Con este objetivo abrimos hace unos meses una convocatoria pública de empleo para personas con discapacidad intelectual. Seguiremos en ese camino, teniendo en cuenta otras realidades físicas, intelectuales y sociales para favorecer la inclusión laboral de las personas que más obstáculos tienen en el acceso al mercado laboral. Son algunas de las medidas que estamos tomando y sobre las que seguiremos avanzando, porque las personas con discapacidad tienen el mismo derecho a seguir el trabajo de sus servidores públicos y a ser escuchados en su Parlamento. Esta es la casa de los andaluces también con discapacidad y así debéis sentirlo.

Apreciar el valor de las diferencias, no verlas como barreras que separan, sino como oportunidades para crecer juntos, es una de las mayores riquezas con las que puede contar una sociedad. De ahí la importancia de que nos concienciamos y hagamos por conocer un poco mejor la realidad de las personas con discapacidad. Alcanzar la plena inclusión debe ser un horizonte común, porque una sociedad fuerte es la que camina unida sin dejar a nadie atrás.

Y permítanme también detenerme en otro de los desafíos que los andaluces afrontamos como comunidad, el cambio climático. Es uno de los mayores retos de nuestro siglo, un punto de no retorno con la humanidad y del planeta. Es un fenómeno global al que las noticias ponen la estampa más grave cada día por todo el mundo. Y Andalucía, con temperaturas ya de por sí elevadas y sequías recurrentes, es un territorio especialmente sensible a sus efectos. El pasado septiembre la gota fría causó una catástrofe en numerosos puntos de nuestra geografía, con especiales destrozos en el Campo de Níjar, provocando un fallecido en la capital almeriense y otro en Baza. En diciembre, la borrasca Elsa se cebó con las provincias de Huelva y Cádiz, dejando otras dos muertes en Huéscar y en Punta Umbría. Hace apenas un mes la tormenta Gloria no solo hizo cubrir de hielo Málaga con una espectacular granizada a pie de costa, sino que también se cobró dos víctimas en Almería. Y por todo el territorio andaluz se viven veranos cada vez más largos, récords de temperaturas máximas y la amenaza constante de un déficit hídrico y de lluvias torrenciales. No podemos relajarnos ni mirar para otro lado, hacer progresar a Andalucía pasa, primero, por salvarla.

Es un desafío colectivo por el que tenemos que estar todos, administraciones y sociedad civil, orientados en la misma dirección, la de apostar por modelos de desarrollo sostenible. Sin embargo, aún hay una oportunidad para frenar ese avance y afianzar con ello una sociedad más respetuosa con los recursos naturales en un territorio que progresa de manera cohesionada. En este ámbito, Andalucía puede y debe ser líder, tenemos fuentes de energía renovable y capacidad y voluntad del pueblo andaluz para conservar su tierra y hacerla progresar, con ello estaremos contribuyendo no solo a plantear soluciones en torno a esta amenaza global sino a un grave problema propio, la despoblación del campo.

La ineludible transición ecológica tiene que ser una oportunidad para el empleo, con proyectos sostenibles que arraiguen la gente al territorio. Es necesario porque el campo andaluz también se vacía. Hace unos días conocíamos el dato de que más de la mitad de los pueblos andaluces pierden población desde hace veinte años. El abandono del entorno rural es dramático no solo para el medioambiente, con la pérdida de oficios tradicionales que contribuían a conservarlo, sino que es un sinsentido. Andalucía no se entendería sin sus pueblos, son parte indisociable de nuestra identidad, nuestro origen, nuestras raíces. No podemos cortar las raíces con la tierra ni dar la espalda a los pueblos, no podemos desvincular a Andalucía de nuestro campo. Para conservarlo hay que vivirlo. Y para vivir en el campo tenemos que ofrecer oportunidades. Impulsar un

desarrollo equilibrado por todo el territorio y dar opciones laborales a los jóvenes es la única forma de asegurar el relevo generacional. Los agricultores y ganaderos quieren suministrarnos alimentos de calidad, pero se enfrentan cada día a la supervivencia de su forma de vida. Es necesario escucharlos. La agricultura es un sector estratégico de nuestra economía y un motor de desarrollo, empleo y riqueza en el campo, esencial para mantener la vida en el interior y para la cohesión de Andalucía. Muchos de nuestros pueblos viven de la tierra y comarcas enteras son sostenidas por el sector agroalimentario y ganadero.

Sin embargo, desde hace semanas los agricultores protestan en nuestra comunidad y por toda España, sus explotaciones están al límite de la sostenibilidad porque los precios que les pagan por los productos apenas cubren unos costes de producción cada vez mayores. No podemos esperar que dediquen su vida a cultivar la tierra y cuidar los animales sin que sea viable, sin que puedan vivir con dignidad. Hay que tomar medidas responsables y tener en cuenta cómo las políticas afectan al campo. Deben de tener nuestro apoyo. Todos los niveles de la Administración, de lo local a lo autonómico y de lo nacional a lo europeo, tenemos que remar juntos para que los agricultores puedan seguir trabajando y creando oportunidades, porque el campo tiene mucha vida que dar.

Para afrontar estos y otros muchos retos que se nos plantean, los andaluces contamos con un sistema institucional consolidado que ha dado sobradas muestras de su estabilidad. Así, se han aprobado dos presupuestos autonómicos fruto del diálogo y del consenso, también en esta misma Cámara se ha conseguido el consenso necesario de todas las fuerzas políticas para renovar los órganos de extracción parlamentaria, desde el Defensor del Pueblo a la Cámara de Cuentas, pasando por la dirección de Canal Sur, el Consejo Audiovisual y el Consejo de Administración de la RTVA, órganos que en algunos casos llevaban años en interinidad, vacantes o con sus plazos expirados, con lo contrario que ello suponía a las normas que en este propio Parlamento nos habíamos dado y a lo elegido por los andaluces en las urnas.

Como presidenta de la Cámara autonómica y en aras de fomentar la necesaria colaboración y lealtad entre instituciones, he visitado las ocho provincias andaluzas para reunirme con los alcaldes de todas las capitales, los presidentes de las diputaciones provinciales y los delegados del Gobierno de la Junta de Andalucía. Encuentros cuyo objetivo ha sido poner al servicio de las provincias este Parlamento, y en los que ha primado el clima de cooperación y voluntad de sacar adelante los principales proyectos de los andaluces.

Las instituciones de nuestra comunidad deben cumplir sus funciones legales y estatutarias con solvencia. Y la democracia en Andalucía se refuerza con esa normalidad.

Normalidad y estabilidad institucional que no son opuestas a una intensa vida política. Tras las últimas elecciones andaluzas hemos llegado a la consolidación del multipartidismo, una situación que ha conformado en el Parlamento un amplio espectro ideológico fruto de la voluntad legítima de los andaluces. En este contexto, la habilidad inexcusable no es otra que la propia esencia de la política: el diálogo, resolver las diferencias mediante la palabra y construir desde el acuerdo. Los ciudadanos nos han dado su confianza no solo para que defendamos sus diversos modelos de sociedad, sino para encontrar soluciones desde esa pluralidad, porque en democracia las convicciones no son muros que separan sino cimientos sobre los que debemos levantar un edificio más sólido entre todos. Para ello, la condición necesaria es el respeto.

Los andaluces tenemos magnífico referente histórico en nuestro proceso autonómico. Para hacer posible el referéndum del 28 de febrero de 1980, por el que tomamos la voz y decidimos nuestro futuro, once partidos

políticos implantados entonces en Andalucía se sentaron para llegar a un acuerdo y firmar el histórico Pacto de Antequera. Representantes políticos de muy variadas ideologías dejaron a un lado sus diferencias para trabajar por lo que les unía, el compromiso con Andalucía. Con ello, impulsaron el caudal de esfuerzo y la vocación colectiva que hizo posible que alcanzáramos nuestra autonomía.

Aquel momento histórico sigue siendo un punto de inspiración para recordarnos lo que nos une, y una lección para el presente: la riqueza de la convivencia en democracia reside en respetar las ideas del otro y en defender las propias con determinación y espíritu constructivo.

Lo valiente no es dividir, sino construir juntos una Andalucía mejor. La pasión no está reñida con el buen tono, ni las convicciones con el respeto. La firmeza no es usar la palabra más alta, la crítica más agresiva o el estilo más violento, sino defender con educación las ideas legitimadas por los ciudadanos que nos han votado. Es decir, señorías, cuando parlamentamos hay que respetar a los andaluces y a la institución, porque así es como se respeta a la democracia.

El camino contrario, el de la confrontación como norma, no solo deteriora la vida pública, sino que desgasta las instituciones y hace más débil la convivencia; una deriva de crispación que provoca que los representados se alejen de sus propios representantes. En este caldo de cultivo quien gana no es la democracia, sino la desafección de los ciudadanos, que dejan de confiar en sus instituciones. Los acuerdos requieren esfuerzo y diálogo, quién lo duda, pero la política, algo tan antiguo como la sociedad y tan necesario como la convivencia, sigue siendo esencial para construir juntos desde la pluralidad.

Y de pluralidad esta tierra sabe mucho. Conformamos una comunidad variada, rica en diferencias. Andalucía es plural y diversa, los son sus ciudadanos, los son sus hablas, lo es su territorio. Y nos reconocemos como andaluces y españoles desde la riqueza de un país diverso. Para avanzar juntos desde la diversidad, es necesario un punto de encuentro que favorezca la unión sobre la división. Y, en este sentido, los valores de nuestra Constitución siguen estando plenamente vigentes. Democracia, libertad, justicia e igualdad. Aspiraciones de cualquier sociedad moderna. No es una reliquia del pasado ni una losa que nos impida prosperar, muy al contrario, se ha demostrado como un motor de progreso y garantía de derechos y libertades durante estos cuarenta años. Lo ha hecho sobre la base del Estado de las autonomías, el marco de una convivencia que reconoce la diversidad de España y garantiza la solidaridad entre sus nacionalidades y regiones. Un modelo de desarrollo cohesionado, que ha constituido todo un éxito tras estos años de estabilidad y crecimiento, el mayor periodo de prosperidad de nuestro país.

Para que así siga siendo, debemos mantener firmes los principios de solidaridad y lealtad en los que se asienta la convivencia. Y la realidad más patente de este compromiso con la cohesión de España debe manifestarse en el sistema de financiación autonómica. La igualdad entre españoles requiere de recursos, y los servicios públicos que se prestan en nuestra comunidad necesitan una financiación justa para poder dar respuesta a las necesidades de los andaluces. Nadie duda de lo que es una realidad, que Andalucía está infrafinanciada. Somos la comunidad autónoma donde más españoles viven, sin embargo, el actual reparto de recursos perjudica a nuestra tierra privándonos de lo que nos pertenece.

Confío en que cada uno de los representantes públicos de aquí, de Andalucía, desde sus diferentes responsabilidades, trabaje por revertir esta situación. Sería hacer justicia con los andaluces. Porque, sin igualdad, el proyecto común se fractura, se crean diferencias insostenibles que terminan por abrir distancias y se-

parar a compatriotas. En este extremo, solo se benefician quienes aspiran a privilegios y quienes no tienen interés en la unidad de nuestro país, visiones insolidarias que lo único que alimentan es el enfrentamiento.

El Gobierno de la nación debe garantizar la igualdad y la solidaridad como base de la convivencia, tal y como mandata nuestra Constitución. No hacerlo es poner en juego la cohesión territorial y social de España. Ceder en concesiones ante quienes amenazan con romper el proyecto común de derechos y libertades solo contribuye a establecer diferencias entre españoles.

Hace cuarenta años, en una encrucijada histórica, la voz de Andalucía fue inequívoca. Los andaluces, hoy como entonces, vamos a seguir defendiendo la igualdad frente a los privilegios en una España que avance unida. Porque Andalucía tiene que seguir mirando el futuro con esperanza. Los andaluces de aquel momento, nuestros padres, madres, abuelos y abuelas, nos dejaron un patrimonio democrático que nos abre al mundo desde la fortaleza de nuestra identidad. Fieles a su legado, estamos llamados a seguir haciendo avanzar a Andalucía para mantener viva su vocación de progreso.

Cuatro décadas después, aquel sueño de libertad, igualdad y autonomía sigue aunando esperanzas bajo la bandera blanca y verde. El espíritu del 28-F, los ideales con los que nuestro pueblo alzó su voz, nos vincula con la entrega de aquellos hombres y mujeres de luz que nos dieron alma de andaluces.

Con su ejemplo siempre presente, en el día de nuestra comunidad, renovamos ese compromiso suscrito hoy hace cuarenta años, para seguir creando juntos una mejor Andalucía, por sí, para España y la humanidad.

Feliz día, Andalucía.

[Aplausos.]

Señorías, se levanta la sesión.

